

Carlos Kohn

¿TIENE VIGENCIA LA TEORIA MARXISTA?

Mucho antes de que Daniel Bell decretara que estamos presenciando «la muerte de las ideologías» y Francis Fukuyama encontrara en el modelo de sociedad norteamericano aquello que Hegel había prescrito como «el fin de la historia», ya Karl Manheim, a raíz de la ascensión del nazismo al poder, formuló el siguiente *dictum*, no menos lapidario que los más recientes:

«La última raíz de todos los conflictos en la presente época de crisis —escribe el pensador alemán— puede encerrarse en una simple fórmula. Arranca en toda la línea de las tensiones que surgen del actuar en conjunto irreductible del principio de *Laissez-faire* y del nuevo principio de la regulación. Ninguno de nosotros podría decir hoy de modo cierto qué aspecto tendrá la sociedad futura (obvia referencia al marxismo), pues sabemos por la Historia que incluso lo radicalmente nuevo viene a ser también, al final, sólo un elemento componente de la realidad ulterior, en cuya elaboración entran siempre más fuerzas y corrientes que aquella precisamente a la que responde, en el mejor caso, un cierto aspecto del edificio. Pero no es menos cierto que hoy ya parece irse aclarando el hecho de que en todas las fecundas luchas del presente se marcha hacia una forma de sociedad planificada, que puede estructurarse diversamente en los distintos países según constelaciones políticas aún imposibles de calcular»¹.

De la percepción difusa de este proceso de descomposición de valores, a través del cual se han venido plasmando la sociedad y la cultura occidental, han surgido aquellos modelos teóricos, que han intentado consolidar un sistema de eslabones permanentes entre (procesos de) acumulación y desarrollo, por un lado, y entre conflictos y democracia, por el otro. Las estrategias de estos modelos fluctúan en su intento de gestar adecuadas políticas de acción, lo cual conlleva,

¹ Mannheim, K.: *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. Buenos Aires, edit. La Pleyade, 1969, p. 12. (Paréntesis C.K.)

generalmente, al desmoronamiento de los objetivos originales de la teoría en tanto proyecto (Baste dirigir una mirada a los escenarios teóricos y políticos elaborados en las sociedades del este europeo, y no sólo allí, a raíz de la *Perestroika*).

No podrá ser el objeto de este trabajo discurrir *in extenso* sobre las argumentaciones que nacen del 'corto circuito' entre teoría y política respecto de nuestro tema. Sólo me permitiré, a modo de introducción, efectuar un somero balance del acoso crítico a que ha sido sometido el pensamiento marxista, como también de algunas fallidas respuestas desde el campo cuestionado, a fin de poner sobre el tapete de la discusión algunos de los planteamientos más relevantes que se han formulado en torno a este problema, los cuales —a pesar de la abundancia de *Requiems* que le han sido entonados al marxismo— siguen, a mi modesto modo de ver, ameritando nuestra acusiosa reflexión.

Si bien la expresión «crisis del marxismo» se ha puesto en boga hace apenas una década —si mal no recuerdo, fue nada menos que Althusser quien la introdujera 'oficialmente' durante la celebración de un Coloquio sobre «Los Socialismos Reales», organizado por el grupo italiano *Il Manifesto* en 1977—, cabe recordar que dicho término fue acuñado, por primera vez, hace ya casi un siglo por el pensador socialista checo Thomas Garrigue Masaryk en una serie de artículos que luego fueron recogidos en un libro titulado: *Die Wissenschaftliche und philosophische Krise innerhalb des gegenwärtigen Marxismus*², publicado en marzo de 1898; y, a pesar de que esta obra, ciertamente, recogía los primeros síntomas de aquel poderoso huracán que se avecinaba, aquello que la historiografía contemporánea ha tildado de «controversia Revisionista» y que causó, sin lugar a dudas, profundos estragos en el marxismo, no deberíamos, empero, olvidar las tremendas repercusiones positivas que, dialécticamente, también produjera. Frente a las críticas de los Bernstein, Croce y Sorel, por mencionar sólo a algunos de los más renombrados *dramatis personae* de aquel *Debate*, surgieron figuras como Rosa Luxemburgo, Gramsci, el joven Lukács,

² «La crisis científica y filosófica dentro del marxismo actual». Wien, 1898.

Ernst Bloch y otros muchos, cuya contribución al pensamiento marxista no sólo fortaleció sus bases, sino que le dio un inusitado impulso. Tan es así que pese a las recurrentes apariciones del 'fantasma' de la *Crisis* en este siglo, un destacado profesor de historia de las ideas políticas y de filosofía del derecho, Umberto Cerroni, acotaba hace ya algunos años lo siguiente:

«Marx está envuelto ahora más que nunca en las polémicas cotidianas. Pero ciertamente no parece que esto sea un signo de desdén del siglo con respecto a él. Al contrario, parece el signo de una creciente vitalidad, tanto más cuanto que tales polémicas conciernen no sólo al marxismo práctico, sino también al marxismo teórico. Más que nunca, en todos los campos del pensamiento, la obra de Marx sigue siendo un punto de referencia —por lo menos crítico— para cada intento de resolver los problemas de nuestra época»³.

¿En qué consiste la crítica actual a la teoría marxista?. Por *mor* de brevedad, podríamos resumir en tres las direcciones principales que ésta ha asumido:

Primero: la que rechaza la validez explicativa de los sistemas omni-comprensivos, esto es: las pretensiones epistemológicas de las concepciones totalistas, incluyendo al marxismo como una de ellas. Tal es el caso, por ejemplo, de la crítica de Popper a lo que él entiende por «Historicismo»

Una segunda crítica que insiste en la fragilidad de las teorías sobre la naturaleza humana que buscan su fundamentación en premisas *racionales*; en otras palabras, rechaza la posibilidad de un conocimiento objetivo y la validez predictiva de paradigmas como el marxismo, bajo la argumentación de que las acciones humanas son producto de los instintos, el azar, la imaginación, etc. Haciendo suyas algunas de las proposiciones de Nietzsche, Bergson, los neo-kantianos y Heidegger, entre otros: los mal llamados filósofos de la post-modernidad (Lyotard, Vattimo, por ejemplo); están actualmente esgrimiendo esta crítica con una virulencia inusitada.

Por último, la más difundidas de todas, es la que ve en el

³ Cerroni, U.: *Teoría política y socialismo*. México, edit. Era, 1976, p. 13.

stalinismo y sus variantes el único resultado práctico de la doctrina marxista; y en consecuencia, el justo lugar del marxismo está —según los críticos de esta corriente— entre las ideologías totalitarias. Además sugiere, que la razón de la pervivencia, y su exorbitante influencia debe buscarse en el carácter esencialmente 'religioso' que poseen los que ellos denominan 'catecismo', 'prédicas' y 'rituales del marxismo'. Así, no es de extrañar que el comandante sandinista Bayardo Arce pueda expresarse en los siguientes términos: «El comunismo es bello en teoría. Algo así como es el paraíso para los cristianos»

Pese a que se pudiesen descartar como descabelladas ciertas elucubraciones extremas de esta postura que pretenden establecer una analogía entre el 'Eurocomunismo' e incluso la *Perestroika*, como 'REFORMAS' al marxismo ortodoxo, por un lado, y los movimientos cismáticos⁴ que surgieron en el seno de la Iglesia, respetables autores como Leszek Kolakowski y Hannah Arendt dedicaron buena parte de su obra a fundamentar, con una rigurosidad inobjetable, la tesis central de esta crítica al marxismo.

Por su parte, los defensores del marxismo poco han contribuido, hasta ahora, al desarrollo y esclarecimiento de la polémica planteada.

En general, han asumido una postura de atrincheramiento que tiene distintas versiones: Una de ellas, por ejemplo, es la de tipo escolástico, la cual arguye que el discurso en torno a la 'crisis del marxismo' no es más que una concesión a la moda cultural, ya que considera a las supuestas dificultades actuales del marxismo como una mera invención de los *nouveaux philosophes*. No falta en esta actitud una suerte de «astucia política», cuando descalifica, como totalmente innecesaria, a cualquier sugerencia sobre una posible caducidad o sobre la imprescindible actualización de al menos parte de la doctrina, bajo el pretexto de que ella ha logrado un sitio invaluable en el patrimonio histórico del mundo contemporáneo, y como tal, debe mantenerse

⁴ Por ejemplo: el Luteranismo y el Calvinismo, entre otros.

incólume⁵. Argumento que, por lo demás, también pudiese ser esgrimido por cualquiera de los sempiternos defensores de cada una de las religiones que pululan hoy en día.

Un segundo tipo de defensa —un tanto ingenua y a todas luces absurda— es la que pudiera denominarse 'biologicista': el marxismo es una especie de Ave Fénix, que siempre ha resurgido de sus crisis recurrentes⁶. De allí que, concluyen los acólicos de esta postura, cada una de las crisis que éste experimenta forma parte del ciclo vital de la teoría. Pero, si de ciclos vitales se trata, no deberían olvidar que de éstos también forma parte la muerte, y que no se ve porqué el marxismo debe considerarse por encima de esta posibilidad.

Recogiendo algunos visos de las dos primeras, pero mucho más consistente que ellas, es la defensa de tipo *Weltanschauung* que afirma que el marxismo se encuentra más fuerte que nunca, porque continúa penetrando en la conciencia crítica y en la *praxis* política de las masas populares y de los intelectuales progresistas, a todo lo largo y ancho de los cinco continentes, que encuentran en esta doctrina la fuente explicativa más contundente para comprender la realidad en que viven y actuar en consecuencia. Lo cuestionable de esta argumentación es que pretende dar por sentada la validez de los presupuestos teleológicos que la propia teoría marxista reclama para sí⁷.

Finalmente, podríamos mencionar la defensa de tipo pragmático, la cual considera ocioso hablar de la crisis del marxismo, en tanto que no está interesada en la suerte del *organum* teórico, cuestionado en su conjunto. Para esta postura, la vigencia del marxismo está avalada por la utilidad funcional que aún pudiesen tener algunos de sus enunciados particulares —separados de la 'totalidad'— para efectuar tal o cual

⁵ Cfr. Faris, Ralph M. ed. *Crisis and Consciousness*. Amsterdam, B.R. Grüner ed. 1977 y, en general, los más conspicuos exponentes del Día Mat.

⁶ Cfr. DeGroot David H.: «The Crisis in Contemporary Philosophy and the class Question» en Charles Cunneen, et al *Exploration in Philosophy and Society*. Amsterdam, B.R. Grüner ed., 1972.

⁷ Cfr. Burger, Alan (ed.) *Marxism Science, and the Movement of History*. Amsterdam, B.R. Grüner ed., 1980

análisis sectorial (me refiero, por ejemplo, a los trabajos de Rudolf Bahro, Agnes Heller y otros).

Obviamente, un auxilio como éste cae dentro de aquel trillado refrán que dice: «a veces el remedio es peor que la enfermedad», ya que gratuitamente le cede municiones a los adversarios.

Si nuestra intención es abordar esta problemática de una manera seria, esto es libre de ciertos prejuicios, debemos asumir una postura que guarde distancia tanto respecto de la *moda* de la crisis del marxismo, como respecto del enclaustramiento ante su 'crisis real'. Para ello, resulta indispensable intentar definir apropiadamente a qué crisis nos estamos refiriendo y de qué modo debe encausarse la discusión sobre la misma: El *quid* del asunto no debería ser, ciertamente, la crisis de cualquier *marxismus perennis*, ni la crisis como fenómeno cíclico; sino más bien, la crisis *actual* de un paradigma que se ha ido desarrollando como resultado del intento de retomar el marxismo de Marx, depurado tanto de las dogmatizaciones stalinianas, como de las formas eclécticas a las que fue conducido por el acoplo de otras manifestaciones culturales de la tradición filosófica europea (marxismo psicoanalítico, marxismo fenomenológico, marxismo existencialista, marxismo estructuralista, etc.) Se trata más bien, y sobre todo, de la crisis de la teoría y no solamente de su particular desfase respecto de la crisis global del movimiento obrero y del socialismo; de la teoría, en su autonomía relativa como aparato conceptual, que proporciona interpretaciones a las exigencias y a las tendencias de una realidad, con la cual está permanentemente articulada y de cuyo contexto se nutre, pero que no necesariamente la disuelve. Hablamos, por consiguiente, de una *epistema* (para utilizar un vocablo recientemente acuñado por Foucault) cuyo objetivo actual es autoevaluar su propia validez y autodesarrollar su propia capacidad explicativa, al proceder a interpretar sucesos tales como: los movimientos estudiantiles del '68'; la primavera de Praga; la revolución cultural china; las luchas antiimperialistas de liberación nacional; el caso Allende; el movimiento Solidaridad en Polonia; el recrudecimiento de las tensiones entre los grupos nacionales en Yugoslavia y, por qué no, la propia *Perestroika* en la ex URSS.

Sugiero que es, fundamentalmente, en relación a este trasfondo histórico —que hemos delineado muy genéricamente— y a las expectativas, incongruencias, desenlaces e interrogantes que ha suscitado, que el marxismo pudiese recobrar (si es que lo ha perdido —dejo la

interrogante abierta—) el papel propio de una teoría entendida en sentido fuerte, esto es, que sea capaz de proporcionar:

- a) una explicación histórica global de estos y otros acontecimientos, de sus articulaciones, de sus contradicciones y de los procesos que se desprenden de ellos.
- b) una *Koiné* de lenguaje, o en términos habermasianos, «una racionalidad para la acción comunicativa» dirigida a la socialización cultural y política.
- c) una prognosis que es a la vez prescripción para la acción e indicación del *modus operandi* a través del cual sea posible contrastar la verdad de cualesquiera sean las prognosis enunciadas.

Propongo, por consiguiente, que sean éstos y no otros los elementos de la teoría que deberían ser rigurosamente evaluados por la crítica.

Nuestro objeto de reflexión debe ser, en suma, principalmente la crisis del marxismo como *corpus* 'científico' (entendido lo científico en el sentido más amplio de *Wissenschaft*: 'baluarte de saber'), pero no, en general, para reiterar por enésima vez que los métodos y los resultados de las ciencias sociales son poco parangonables a los de las ciencias físico-naturales, sino en tanto sea capaz de realizar su propia autocrítica y perfeccionar sus categorías y herramientas de análisis, al asumirse a sí mismo y autoevaluarse como paradigma, dirigido a orientar la *praxis* de amplias masas y movimientos, ya no más en base a dogmas inmutables o fórmulas fijas, sino como doctrina en permanente historización y cuya ortodoxia, como decía Lukács, se remita únicamente al método.

No quisiera concluir estas consideraciones introductorias sin una observación relativa a una vinculación histórico-política de la crisis del marxismo, que no se halla ligada solamente a las 'crisis' a las que nos hemos estado refiriendo. «Crisis» no significa solamente *impasse*, caducidad o descalabro sin más. La crisis consiste en la dificultad de medirse con situaciones y problemas nuevos y de redefinir a partir de ellos toda una tradición teórica: se trata de modificar un aparato conceptual, y no de malograrlo o de desprenderse de él. En este sentido, la crisis actual del marxismo no cae del cielo, ni se infiere (o al menos, no es consecuencia solamente) del hecho de que los marxistas no hayan

sabido cambiar de registro con la prontitud requerida. Más bien, pudiésemos partir del hecho de que es el propio capitalismo tardío el que, primeramente como resultado de los años setenta, se encuentra en una crisis que constituye al mismo tiempo un proceso de reestructuración. Ciertamente, no estamos en presencia de un crecimiento sin estorbos, como en los años '50 y '60; tampoco, empero, estamos en presencia de un colapso o un proceso de extinción. Con desusada precipitación, muy esquemáticamente, —como en los mejores años de la Segunda Internacional— los marxistas han interpretado los primeros signos de una crisis capitalista en los años '70 como antesala de la eclosión que daría inicio al proceso de desintegración del sistema. Esta desacertada prognosis, es probablemente la premisa que ha detonado, hoy como antaño, la crisis de un pensamiento que se encuentra todavía obnubilado por sus propios dogmas pero que, por otro lado, sigue siendo uno de los paradigmas más poderosos de las ciencias sociales contemporáneas.

El riesgo de hoy, sin embargo, mucho más que entonces, es precisamente que el marxismo pudiese resultar superado como teoría científico-social, esto es, desechado en muchas de sus partes, para luego ser instrumentalizado —como mero *canon* auxiliar de investigación, de cierta validez, pero relativo a campos muy específicos— dentro del universo existente de las disciplinas históricas, sociológicas, etc. (recuérdese el *dictum* de Croce), minimizando así su propia capacidad epistémicas; o, peor aún, sobreviva a sí mismo, cosificado e improductivo, en tanto ideología oficial de un parte de la izquierda, y termine finalmente convertido en un obstáculo para su propia transformación y clarificación. Corresponde a los acólicos y a los estudiosos del marxismo, argumentar si ésta ha de ser su suerte definitiva.